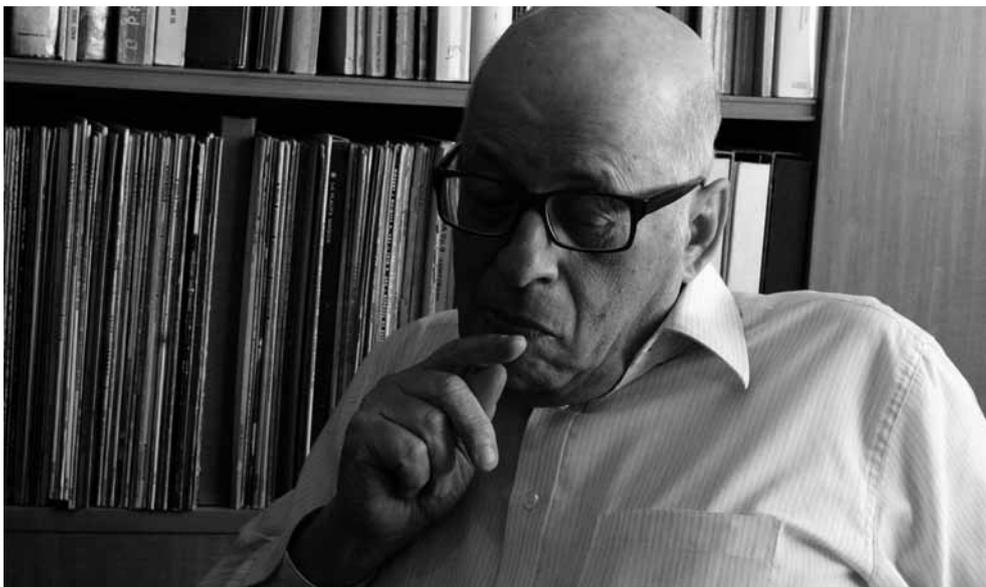


CICLO DE ENCUENTROS “TRAYECTORIAS”

Luis Abel Orquera

Entrevista realizada
por María Soledad Gesteira, María Mercedes Hirsch y
Soledad Torres Agüero



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el *Ciclo de Encuentros “Trayectorias”*¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional.

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

Uno de los objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina.

Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista a Luis Abel Orquera, realizada durante el año 2011, en la ciudad de Buenos Aires.³

Luis Abel Orquera nació en la Capital Federal en 1935. En 1963 se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires y en 1972 obtuvo la Licenciatura en Ciencias Antropológicas, también en la Universidad de Buenos Aires, con un promedio de 9,40. Se ha dedicado a la arqueología y, desde 1975, dirige la investigación arqueológica de la región del Canal Beagle, que se desarrolla en la Asociación de Investigaciones Antropológicas (de la que es director) con un acuerdo de colaboración con el Programa de Antropología del Centro Austral de Investigaciones Científicas (CONICET) con sede en Ushuaia.

Fue docente en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad del Comahue y en la Universidad de La Plata, y dictó materias como Arqueología Extra-Americana, Introducción a la Antropología, Prehistoria General y Arqueología Argentina, entre otras; también dictó otros cursos y seminarios. En 1985 ingresó al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y se jubiló en 2001. En esta última institución fue integrante de la Comisión Asesora en Historia, Antropología y Geografía (abril de 1988-julio de 1989) y de la Comisión Asesora en Historia y Antropología (septiembre de 1989-febrero de 1991). También integró la Junta de Calificaciones para la Carrera del Investigador (abril de 1988-julio de 1989).

Ha participado en congresos, jornadas y simposios en la Argentina y en el exterior. Ha formado y dirigido investigadores en sus tesis de licenciatura y doctorado. Escribió diversos trabajos científicos y tiene vastas publicaciones, entre las que se incluyen cinco libros, doce capítulos de libro, veintiocho artículos y doce comunicaciones en congresos publicadas, un libro de traducciones y tres prefacios críticos. Ocupó varios cargos en sociedades académicas: vocal de la Sociedad Argentina de Antropología (1969-1975), Asesor de la Comisión Organizadora del Colegio de Graduados en Antropología (1971-1972), Secretario del Colegio de Graduados en Antropología (1972-1976) y Miembro del Consejo Permanente de la Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques (desde el 20 de noviembre de 1987).

Entre sus antecedentes también se destaca su participación en grupos de trabajo, comisiones asesoras y comités editoriales: fue miembro del Grupo de Trabajo para la elaboración del proyecto de ley de protección del patrimonio arqueológico nacional (Ministerio de Educación y Justicia de la Nación, Secretaría de Cultura, Resolución 840 del 10 de agosto de 1984); Vocal de la Comisión de

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Torres Agüero. Asimismo, la corrección fue supervisada y aprobada por Luis Abel Orquera, quien realizó modificaciones y aclaraciones en función de fomentar la legibilidad del relato. De este modo, el presente texto encuentra diferencias con la entrevista en su versión audiovisual.

Análisis del anteproyecto de ley sobre defensa del patrimonio cultural y natural (Ministerio de Educación y Justicia de la Nación, Secretaría de Cultura, Resolución 764 del 31 de julio de 1984); miembro de la Comisión de revisión de concursos celebrados en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata bajo el régimen del decreto 22207 (1984); asesor de la Comisión Organizadora del VIIIº Congreso Nacional de Arqueología Argentina (1984-1985); integrante de la Comisión Asesora Honoraria del Xº Congreso Nacional de Arqueología Argentina (1991); integrante del Comité de Asuntos Científicos del XIVº Congreso Nacional de Arqueología Argentina (2001); asesor *ad honorem* del Instituto Nacional de Antropología y Folklore (Ministerio de Educación y Justicia de la Nación, Secretaría de Cultura, Resolución 10 del 3 de enero de 1986; renunció el 6 de julio de 1989); integrante del Comité Editorial de la revista *Runa* (1985-1987); integrante del Consejo Asesor Editorial de la revista *Xama* (desde 1990); Presidente de la Comisión Especial Asesora para el otorgamiento del premio Fundación Bunge y Born (2001).

Por su trayectoria ha recibido distinciones y premios: en 1968, el Fondo Nacional de las Artes lo distinguió como el mejor promedio en la Licenciatura en Ciencias Antropológicas y, en 1986, recibió de la Fundación Konex un diploma al mérito en la disciplina "Arqueología y Antropología Cultural" (1986).

Luis Abel Orquera: (...) Todos los años la Fundación Konex me manda la invitación para los nuevos premios, este año es el premio a los... ¿Qué era?... Deportistas, el que dieron este año.

Entrevistadoras: ¿A algún otro antropólogo, a Rex González, le dieron?

L.A.O.: A Rex González sí, en el año 86, nos lo dieron a Rex González y a mí, en el 96 a Carlos Aschero y a Rex González otra vez. Yo creo que tendría que haber sido al revés, que se lo tendrían que haber dado a Carlos Aschero antes que a mí, pero bueh... qué va a hacer... así se dieron las cosas.

Yo nací en Capital Federal, en el barrio que en ese entonces se llamaba Floresta, ahora es Parque Avellaneda, en 1935. Mi padre era catamarqueño, estudió allá, se recibió de maestro, se vino a la Capital Federal en 1912, hizo toda la carrera acá, consiguió empleo e hizo toda la carrera de docente hasta terminar como Director de Escuela, se jubiló allá por el año 45, más o menos. Mi madre, como se estilaba en aquella época, ama de casa, nacida en San Nicolás de los Arroyos, también, por la misma época, 1911-1912, había venido a Buenos Aires y ahí la conoció mi padre y se casaron. Tuve dos hermanas, una falleció muy chica, a los siete años, antes de que yo naciera, yo vine a reemplazarla, y la otra vivió mucho tiempo, fuimos muy amigos, muy compañeros y falleció hace nueve años. Acá hice todos los estudios, en la Capital, la escuela primaria y después el secundario en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Cuando llegó el momento de elegir una carrera, a mí siempre me había gustado la historia, siempre me habían entusiasmado los libros de historia, en realidad había comenzado con Ameghino, después me pasé a la historia tradicional... pero la docencia en aquel momento no me atraía mucho. En el colegio secundario, en

el Nacional Buenos Aires, yo había sacado el mejor promedio de mi promoción en Historia, pese a lo cual no quise seguir el profesorado de Historia. Cuando ya tenía 17 años, 18 años, decía: “No, docente no.” Estaba un poco sujeto a la vieja ideología de “m’hijo el doctor”... Yo dije, bien, yo tengo que ser doctor, tengo que seguir una profesión liberal, y elegí Derecho. Claro, en aquel momento la carrera universitaria de Antropología no existía y yo ni siquiera tenía idea de qué significaba la palabra “antropología”. Estudié Derecho, no me fue mal, pero, a medida que iba cursando materias, cuando iba ya por las dos terceras partes de la carrera, me di cuenta: el capítulo que más me gusta de cada materia, la bolilla que más me gusta, es la primera, la que mis compañeros menosprecian, los antecedentes históricos. A mí me encantaba ver cómo ubicar el desarrollo de las ramas del derecho en su tiempo, me encantaba ver cómo, por ejemplo, las concesiones que Carlos V hizo a los Fúcar, en lo que hoy es Venezuela, son uno de los orígenes de las sociedades anónimas actuales, cómo se había desarrollado en los sucesivos períodos el derecho procesal romano, que mis compañeros detestaban y a mí me encantaba. Y me dije: “Si la historia me tira tanto...”, bueno, no iba a hacer la locura de abandonar Derecho, cuando ya lo tengo tan avanzado, vamos a esperar, cuando termine Derecho voy a anotarme en Filosofía y Letras y voy a hacer algunas materias de Historia como *hobby*... Y así ocurrió, terminé Derecho y me anoté en la carrera de Historia. Entre las primeras materias que tenía que cursar, una era, por supuesto, Introducción a la Historia y otra era Introducción a la Antropología. Ahí fue un gran descubrimiento: lo tuve como profesor a Lafon, Ciro René Lafon, que no fue un gran investigador, pero fue un excelente docente, que entusiasmaba a los alumnos con las clases que daba y a mí, bueno, me abrió un panorama enorme. Ahí aprendí que el folklore no era únicamente bailar con el pañuelito, sino que era un montón de leyendas, de tradiciones, de costumbres tradicionales, organicé lo poco que sabía de la antropología física y, sobre todo, me abrió el panorama de lo que era la arqueología. Yo, hasta ese momento, creía que arqueología era... lo relacionaba con Troya, con Micenas, y Lafon me enseñó un montón de cosas acerca de “la arqueología americana” y del “Viejo Mundo”. Como consecuencia pensé: ya que esto es tan lindo, el siguiente cuatrimestre voy a hacer otra materia con Lafon, Arqueología Americana, que también la tenía como obligatoria para la carrera de Historia. Aumentó el deslumbramiento, aprendí que la arqueología americana no eran solamente Incas, Aztecas y Mayas, sino que había un proceso mucho más largo, mucho más complejo. Recuerdo con pavor que tuve que estudiarme todas las secuencias de Mesoamérica, con todos los nombres de los sitios y de sus fases evolutivas, pero el resultado fue muy positivo, me gustó muchísimo. Y seguí pensando: “¡Caramba! Lo que a mí me gusta no es tanto la historia, me gusta la Historia Antigua, me sigue gustando la historia de Oriente, Grecia y Roma, pero más me gustan la Prehistoria, los orígenes.” Me surgió una idea (que un poco me la fomentaron los profesores, que eran Lafon y la ayudante Amalia Carmen Sanguinetti de Bórmida) de cambiarme de carrera. Me dije entonces: “Voy a hacer la prueba, voy a cursar al siguiente cuatrimestre, al siguiente año (como materia optativa, porque no era obligatoria para la carrera de Historia), Prehistoria del Viejo Mundo. Si me gusta la Prehistoria del Viejo Mundo, me paso. Me anoté con Menghin y, bueno, ya eso fue el lujo, porque estudiar los

orígenes de la humanidad, lo poco que se sabía entonces de los *Australopithecus* (los *Homo habilis* ni siquiera se conocían), pero ya se tenía una noción del desarrollo biológico y cultural de la humanidad, desde hace mucho tiempo hasta llegar progresivamente a las grandes civilizaciones... Ahí me decidí: este es mi campo, aquí me tengo que cambiar, voy a seguir toda la carrera. Yo trabajaba como abogado, ya me había recibido, trabajé diez años como abogado, no digo que me haya ido mal, al contrario, iba bien, iba salvando el puchero, pero me di cuenta de que mi vida, mi vocación, estaba en la arqueología, en la antropología. El año 66 hice el cambio, comencé a cursar la carrera de Antropología, tardé un poco porque, al trabajar como abogado, no tenía mucho tiempo para estudiar, además ya había comenzado a dar cursos como Ayudante de Trabajos Prácticos, después como Jefe de Trabajos Prácticos. Me recibí en el 72 y, tan pronto tuve una situación económicamente tolerable, dejé el Derecho y me dediqué *full time* a la arqueología.



“En los años de los militares, ni mi socio, Ernesto Piana, ni yo, podíamos entrar al CONICET⁴, teníamos la entrada prohibida.”

L.A.O.: Yo ya tenía un cargo rentado como Ayudante de Trabajos Prácticos, con un sueldo muy bajo, y Lafon me consiguió otro, como Ayudante de Investigación, que no era incompatible con el anterior y que, sumados los dos sueldos, me permitía vivir dedicado por entero a la arqueología. Ocurrió que me dieron ese segundo

⁴ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

cargo el 1º de mayo del 73. El 25 de mayo cambió el gobierno y me consideraron que yo era un infiltrado del gobierno anterior y me dejaron cesante. Quisieron dejarme cesante, pero los amigos que tenía, Arturo Sala principalmente, se movieron... Me salvaron, me volvieron a colocar en la materia, y seguí un tiempo hasta que en el 75 la intervención lopezregista a la universidad me dijo: "No lo queremos más". Estuve un tiempo a la deriva, después una ex alumna me llevó como Adjunto a dar Antropología en la carrera de Psicología. Hice lo que pude, no creo que haya sido demasiado útil para los psicólogos porque mi formación era estrictamente muy arqueológica, pero siempre pienso (en broma, por supuesto) que debo tener un ángel de la guarda muy poderoso o muy influyente, porque, asqueado del ambiente que había en Psicología en esa época, los años 76-77, bajo el gobierno militar, renuncié diez días antes de que me llegara la prescindibilidad. La prescindibilidad era una medida que tomaban los militares por la cual a todas las personas que consideraban desafectas o sospechosas las privaban, por diez años, de ejercer todo cargo público. O sea que por poquito, si no renunciaba, por diez años no hubiese podido ser ni siquiera barrendero municipal. Pero, como yo ya había renunciado, la prescindibilidad no quedó registrada. De todos modos, de nuevo quedé a la deriva casi un año, subsistiendo como podía, pero ahora fue Rita Ceballos, que en esos momentos tenía un cargo en la Universidad del Comahue, no recuerdo si era Directora de Departamento o Decana Interventora, la que me salvó. Me ofreció ir para allá, pero yo no podía. No podía dejar a mis padres, mis padres estaban ya muy ancianos, muy mayores, necesitaban controles médicos continuos. Pero organizamos que fuera semana por medio. Como allá en el Comahue nadie tenía demasiada información sobre mi persona, pude trabajar tranquilo, no me molestaron y allí estuve hasta el año 83, cuando ya no me convino continuar porque la situación económica de la facultad había empeorado mucho, ya no me pagaban el sueldo que me pagaban antes, ya era una cuarta parte, no me alcanzaba para pagar los viajes. Entonces, estuve seis meses como profesor en La Plata y después dejé la universidad, dejé la docencia.

Ya hacía varios años que junto a Ernesto Piana y otros arqueólogos había comenzado la investigación a orillas del canal Beagle, como consecuencia de la cual estábamos acumulando una cantidad enorme de materiales que no teníamos tiempo ni lugar para procesar ni estudiar. Aclaro que, cuando había comenzado a ser Ayudante de Trabajos Prácticos y luego profesor, la docencia, por la que antes había sentido reticencia, me había gustado mucho y la encaré con pasión. Pero después de dieciocho años me dije: "Hagamos otra cosa, busquemos la gente que más promete, que más se interesa, que más responde y hagamos un trato: yo la ayudo en todo lo que pueda a cambio de la ayuda que ellos me brinden". Es decir: usted es alumno, bueno, muy bien, si me ayudan en las campañas, si lavan y rotulan materiales y colaboran con la investigación de otras maneras, yo les doy bibliografía, les doy clases especiales sobre los temas, les presto libros y cosas por el estilo... Así fue como surgió la Asociación de Investigaciones Antropológicas, donde todavía me desempeño. Después, en el año 84, con el retorno de la democracia se reestableció el acceso al CONICET: en los años de los militares, ni mi socio Ernesto Piana ni yo podíamos entrar al CONICET, teníamos la entrada cerrada. A fines del 83,

lo hizo Piana y dos años después, lo hice yo. Allí en el CONICET trabajé, lo hice como Investigador Independiente, gracias a Ana María Lorandi, que fue quien impulsó mi candidatura. Creo que en ese momento la categoría de Investigador Independiente me quedaba holgada pero me dediqué a sustentarlo. Con el tiempo pasé a Investigador Principal y me jubilé en 2001. Esto último lo hice con la intención de no trabajar tanto, de seguir haciendo arqueología pero con menor intensidad que antes, no trabajar once horas diarias, trabajar cinco, seis, pero seguir haciendo lo posible. Las cinco horas no las cumplo, sigo trabajando más, pero de todos modos estoy liberado de muchas obligaciones burocráticas y eso me permite dedicar más tiempo a lo que realmente me interesa, lo que realmente me gusta.

Mi campo de interés, en un primer momento, fueron todas las vertientes de la arqueología pero, poco a poco, tuve que depurar. Primero, dejé la parte de Arqueología Americana que no correspondiera a cazadores recolectores, los pueblos agricultores son muy interesantes pero a mí me interesan más los pueblos de los orígenes, los comienzos. Después, tuve que hacer lo mismo con la Prehistoria del Viejo Mundo, lo cual lamento mucho porque es la parte de hominización, la parte de los orígenes, lo que más me gusta. Pero yo no daba abasto, había que leer mucho y no tenía el tiempo material. Me encantaba dar clases sobre el Viejo Mundo pero, bueno, también pasó la oportunidad, me fui por otros caminos y ahora estoy concentrado, fundamentalmente, en la arqueología de Pampa, de Patagonia y de Tierra del Fuego. Resolvimos dar a nuestro trabajo el nombre de Proyecto Arqueológico Canal Beagle."

L.A.O.: Durante los últimos años como estudiante y recién recibido, yo pensaba que mi futuro estaba en el trabajo en el Museo Etnográfico y en alguna investigación de campo, que podía ser en la Quebrada de Humahuaca (donde Lafon había hecho la mayor parte de su carrera y donde el Museo Etnográfico tenía una larga tradición de presencia), o en el Nordeste (donde también Lafon había efectuado varias campañas, ya conmigo y otros compañeros míos, como Ernesto Piana) o en Córdoba (donde Arturo Sala había encontrado algunos sitios interesantes y me había pedido que lo acompañara). También la región pampeana me interesaba, pero nunca había pasado por mi mente encarar un estudio en Tierra del Fuego. Parecía tan lejos... Había a su respecto bastante información etnográfica de fines del siglo XIX y comienzos del XX, pero el conocimiento arqueológico de tiempos anteriores era prácticamente nulo. Ocurrió, sin embargo, que en 1974 un alumno de Arturo Sala, Jorge Merenzon, ofreció un contacto con el gobernador de esa provincia y, para sorpresa de todos, ese gobierno aceptó solventar una campaña. Era una oportunidad única, por lo que aceptamos. La encabezamos Sala, yo, Piana y Alicia Tapia; participaron también otros muchos que entonces todavía eran alumnos pero que hoy son profesores en la facultad. Como consecuencia de esa campaña de enero-febrero de 1975, encontramos un panorama bastante distinto de lo poco que se suponía saber sobre la arqueología de la región. Al examinar la información que nos dio la excavación, comenzamos a pensar que los orígenes de la sociedad cazadora, recolectora y pescadora de los últimos siglos podían remontarse hacia cazadores terrestres de Patagonia (no como suponían Menghin y otros, que pensaban en

una llegada por el Pacífico), pero que, con una sola campaña, no bastaba, pese a lo rica y productiva que había sido: necesitábamos hacer otra. Ahí Merenzon se volvió a portar muy bien. Ya el socio no estaba como Gobernador, lo habían cambiado, pero Merenzon consiguió dinero con sus relaciones, con su actividad. Mi idea era una segunda campaña para excavar un sitio más antiguo, que nos diera información sobre los orígenes de esa cultura, de esa forma de vida cazadora, recolectora, pescadora. Para ello, elegimos el sitio Túnel I, junto al casco de la estancia Túnel. Pensábamos que ese sitio era más antiguo que el anterior, y así resultó: nos sorprendió que, a orillas del canal Beagle, hubiera habido cazadores recolectores marítimos hace ya 6000 años. Y nos siguió sorprendiendo porque, después, encontramos por debajo de los conchales una ocupación cazadora recolectora no litoral, no marítima, de hace 6800 o más años. El espesor de las capas era tan grande que no pudimos terminar la segunda campaña, tuvimos que volver en una tercera. ¿Qué le íbamos a hacer?... Esta vez pedimos financiación a la Secretaría de Estado de Ciencia y Tecnología, que nos dio un subsidio bastante bueno, e hicimos la tercera campaña para terminar la excavación de estas cuadrículas y, supuestamente, resolver el problema de los orígenes.

E: ¿Y en qué año fueron la segunda y la tercera?

L.A.O.: La segunda fue en el 76 y la tercera en el 78. ¿Qué pudo pasar? Que en el año 78 terminamos las dos cuadrículas y también una tercera, pero nos dimos cuenta de que seguía sin alcanzar, que había que hacer una cuarta campaña. Entonces pedimos ayuda a la National Geographic Society y allí Betty Meggers nos dio un muy buen subsidio, con lo que, en el año 80, hicimos la cuarta campaña. Por entonces, como directores, quedábamos solo Piana y yo, lamentablemente Sala y Tapia habían debido dedicarse a otras cosas. ¿Qué pasó? Que no alcanzaba, que había que hacer una quinta campaña, volvimos a pedir a la National Geographic, nos volvió a ayudar, y así seguimos con la National Geographic Society hasta el año 84. Nos dijimos entonces: "Para terminar Túnel I vamos a hacer una campaña más en el 85 y se acaba, y después nos dedicamos a otro sitio." Porque hacía ya varios años que estábamos pensando en que no bastaba con dos sitios, que había que seguir excavando otros lugares más. Tampoco terminamos en el 85, tuvimos que volver en el 86 pero dimos por terminado Túnel I.

Para entonces habíamos comenzado a entender el problema del ambiente natural, porque cuando nosotros comenzamos a ir a Tierra del Fuego la información naturalista, aunque parezca mentira, era escasísima, no se sabía casi nada. Había enumeraciones diciendo, por ejemplo, que se encuentran cormoranes, pingüinos, caranchos, chimangos, gaviotas, bandurrias, pero no se sabía, nadie decía, ni cómo viven los lobos marinos ni cómo viven los cormoranes, ni qué valor alimenticio tenían los diversos alimentos, ni qué relación tenía eso con el ambiente, ni cómo era posible que todos esos animales vivieran en ese ambiente tan frío, ni cómo era posible que fueran tan abundantes. Allí nos ayudó la búsqueda de bibliografía durante mucho tiempo y, poco a poco, fuimos armando el panorama, que lo terminamos en el 82 y los presentamos en las

Primeras Jornadas de Arqueología de Patagonia en el 84. Es un ambiente muy oceánico. Los ambientes oceánicos implican una distribución muy pareja de los recursos; si bien en Tierra del Fuego hay pocas especies, son muy abundantes, eso suministraba una muy buena disponibilidad alimenticia para los pobladores indígenas a condición de que hicieran determinadas cosas, que se comportaran de determinada manera, que no se concentraran en poblaciones grandes, que también ellos estuvieran dispersos. Bueno, lo que hemos dicho ya montones de veces.

Cuando entramos al CONICET, eso nos dio perspectiva a largo plazo, tuvimos que aprender a hacer proyectos, ya no para un año sino para tres, lo cual no es tan sencillo, no fue tan fácil. Resolvimos entonces con Piana dar a nuestro trabajo el nombre de "Proyecto Arqueológico Canal Beagle", con tres etapas. ¿Cómo afrontar toda la variabilidad de datos del conocimiento que ofrece el registro arqueológico? El registro arqueológico varía en muchísimas cosas, por muchísimos factores: puede variar por cambios a través del tiempo, puede variar por la diferente funcionalidad de los distintos sitios (que un sitio sea lugar de matanza de animales y otro sea lugar de residencia), puede variar por condiciones micro-ambientales. El ambiente de Tierra del Fuego es muy parejo pero hay algunos lugares en los cuales era más fácil conseguir guanacos y otros lugares donde era más fácil hallar ballenas varadas, cómo influía eso sobre el comportamiento humano. Están los problemas tafonómicos que pueden hacer variar las cosas. Está que, en los sitios arqueológicos, no encontramos todo lo que se confeccionó allí sino que algunas cosas se llevaban a otro lugar, y a cada sitio arqueológico se traían materiales de otros lugares, cómo influía eso... Y con Piana resolvimos que, de la multitud de factores que producían variables, íbamos a trabajar principalmente con tres, sin descuidar los demás: con el factor tiempo, con el factor micro-ambiental y con el factor funcional de las residencias (es decir, si se trataba de lugares de vivienda, lugares de tala de materia prima, cosas por el estilo). Además, apareció un cuarto factor al cual hubo que prestar atención, que son las tareas de salvataje, porque, por el crecimiento demográfico enorme que tiene Ushuaia, muchos sitios arqueológicos, por la construcción de obras, hay que rescatarlos, hay que salvarlos, y a eso se ha dedicado especialmente Piana, que reside allá.

Lo que más me gustaba era estar de campaña, lo que menos me gustaba, nada. Todo, todo me gustaba, el trabajo de gabinete, la búsqueda de bibliografía, la atención a becarios, todo me encantaba. Por supuesto, ya ahora no hago campaña, que trabajen los jóvenes. Pero, a mí me encantaba hacer eso, me resultaba fabuloso estar en medio del campo, en el medio de la soledad y todos los días descubriendo algo interesante, algo importante, algo novedoso. Y además, tuve suerte de contar con muy buenos ayudantes, con muy buena gente. Nosotros convocamos a muchos estudiantes de Arqueología o egresados recién recibidos, que no tenían experiencia de campo porque la facultad no les da experiencia de campo práctica, y los llevábamos a Tierra de Fuego para que aprendieran a excavar y nos ayudaran. Nosotros les dábamos la posibilidad de aprender a excavar, de aprender a trabajar, a cambio de la ayuda que nos prestaban ellos, y la cosa funcionó muy bien.



“Todos los arqueólogos adoptamos la postura de Binford... Pero nunca nadie ha refutado la postura de Bordes.”

L.A.O.: Yo me formé, debo aclararlo, como estudiante en la década del 60 y comienzos del 70, cuando en Arqueología era muy importante la tendencia culturalista. Muchas veces se nos acusó a los egresados del Buenos Aires de ser histórico-culturales menghinianos y, por lo tanto, de la escuela austríaca de Schmidt y Koppers, lo cual no es enteramente verdad. Primero, porque Menghin, que era el representante, era arqueólogo y, como arqueólogo, no podía aceptar una postura atemporal, como la de Koppers y Schmidt, que planteaba círculos culturales independientes de la evolución. Menghin, por supuesto, aceptaba la evolución. Pero además Menghin, en su cátedra, que era Prehistoria del Viejo Mundo, no se limitaba a dar datos y datos y datos y datos, sino que la mitad del cuatrimestre la planteaba dando la evolución y la otra mitad la reformulaba según categorías culturales. Por ejemplo, un día hablaba de las armas, otro día hablaba de la vivienda, otro día hablaba de los sistemas de cacería, otro día hablaba de la organización social, es decir, le daba un aspecto mucho más social, más integrado a la Prehistoria, que lo que hace la mayoría de los arqueólogos, que se limitan a acumular dato sobre dato, pero eso no era el caso de Menghin. Lafon respetaba a Menghin, pero no era histórico-cultural vienés. La postura de Lafon estaba mucho más vinculada con el historicismo cultural norteamericano de Ford, de Bennett, de muchos arqueólogos y etnógrafos, que con el sistema europeo. En otra cátedra, en Folklore, estaba Cortazar, que era estructuralista, no tenía nada que ver con lo histórico-cultural. Discípulos de Bórmida que se formaron con la escuela histórico-cultural, como Cordeu o Siffredi, después se

vincularon más con los autores franceses y dejaron lo histórico-cultural. O sea que nosotros teníamos una postura mucho más amplia que la de que se nos acusaba. Era un enfoque culturalista, era un enfoque esencialista, es verdad, era un enfoque que consideraba la cultura como una esencia a la cual los seres humanos se sometían e influían poco en su construcción, es verdad que eso cambió mucho a partir del año 70, con la Nueva Arqueología...

Perdón, vuelvo atrás. A partir del año 65-66, cobró en nosotros mucha importancia el enfoque tipológico de Bordes, al que se podrá criticar o no, pero que para nada era histórico-cultural alemán, era muy diferente, era materialista. Porque además, digamos otra cosa, Bordes entró en conflicto con Binford, porque Binford decía que las diferencias entre los distintos grupos se debían a actividades divergentes y no a tradiciones culturales divergentes, y puede ser que Binford tenga razón, y todos los arqueólogos adoptamos la postura de Binford, y yo también la considero también como más probable, pero, seamos sinceros, nunca nadie ha refutado la postura de Bordes. Muchas veces me pregunto qué impide que en el Musteriense haya habido grupos étnicos diferentes, con tradiciones culturales particularmente diferentes, como las que existieron posteriormente. La única objeción que se me ocurre a eso es considerar que los Neandertales no eran humanos, y eso tampoco lo puedo aceptar, o que no eran plenamente humanos, y eso no lo puedo aceptar.

Después del año 70, comenzó en Buenos Aires la influencia de Leroi-Gourhan, con su enfoque espacial de la arqueología, la localización de actividades diferentes. ¿Cómo comenzó la teoría de Leroi-Gourhan? En la arqueología soviética, en Rusia, dijeron algo así como "no podemos preocuparnos más por los desarrollos culturales, tenemos que aprender cómo vivía la gente en el pasado". Entonces, los arqueólogos rusos se dedicaron a excavar viviendas. Así es como surgieron las reconstrucciones de las cabañas de Ucrania, Molodova, de todo eso. Leroi-Gourhan lo tomó de allí y lo comenzó a aplicar en Francia ¿Eso es historicismo cultural? Lo menos histórico-cultural que se pueda imaginar... O sea que nosotros ya estábamos abriéndonos, en gran medida, a la supuesta historia cultural vienesa, que presuntamente dominaba.

Allá por el año 74, comenzaron a surgirme dudas sobre el historicismo cultural, tanto el representado por Menghin como el de la escuela norteamericana: "No, pero esto no puede ser, no, pero esto no tiene probabilidades, no es posible, no". Pero yo siempre me resistí a decir "ese autor no me gusta porque es antiguo y, por lo tanto, no lo tomo en cuenta" o "ese autor, lo que dice no me gusta, por consiguiente lo descarto". No: para criticar o descartar a un autor yo necesito tener argumentos que respalden fehacientemente mi opción. La escuela histórico-cultural no parecía tan sólida como nos habían dicho, pero había cosas que se debían analizar detalladamente y, para hacerlo, me dediqué a lo que no hacía nadie, a estudiarla en profundidad, a buscar qué argumentos daba, qué se podía salvar y qué había que descartar. Algo similar hice con mi tesis de licenciatura, me dije: "No me convence mucho lo que dijo Ameghino, pero voy a tratar de ver qué es lo que se puede salvar de Ameghino, algo tiene que haber dicho Ameghino que sea cierto, algo tiene que haber dicho que tengamos que defender". Después de haber leído todo y escrito buena parte de la tesis llegué a la conclusión de que Hrdlička se había quedado corto, que no lo había criticado

lo suficiente, que los errores de Ameghino eran mucho más profundos, mucho más extensos y mucho más insalvables.

E: ¿Y cómo la llamó a su tesis?

L.A.O.: “Paleoantropología de la Región Pampeana”. Con la escuela histórico-cultural me pasó algo por el estilo: a medida que estudiaba me agarraba más la cabeza y, allá por el año 80, reuní la cantidad suficiente de argumentos para romper definitivamente con ella, aunque lo presenté, lo hice público, recién en el congreso nacional del año 82, cuyas actas no se publicaron. Por eso, lo di a conocer en forma impresa recién en el año 86, con mucho atraso. Hasta ese momento, seguían diciendo que yo era histórico-cultural (aclaro que mi desacuerdo con Menghin no impidió que siga teniéndole respeto como persona y por la significación que tuvo en su época su labor en Patagonia). Poco a poco me he inclinado más por la vertiente flanneriana, de Flannery, de la Nueva Arqueología y, a través de Flannery, con la ecología evolutiva, sin tampoco aceptar de manera tajante, de manera ciega, los famosos modelos del aprovisionamiento óptimo.



“Hacía falta algo más gremial... Algo que defendiera los intereses de los arqueólogos.”

E: ¿Usted tuvo una participación en el Colegio de Graduados?

L.A.O.: Fui Secretario cuatro años. Primero, cuando el primer Presidente era Austral, Prosecretaria Susana Chertudi, y después seguí siendo Secretario con Rita Ceballos como Presidenta.

E: ¿Cómo llega al Colegio usted, cómo se acerca?

L.A.O.: En aquella época, en el año 60, se conversaba mucho entre los antropólogos acerca de tener una entidad que fuera de tipo gremial. Ya existía la Sociedad Argentina de Antropología, que tenía una actividad más académica, más profesional, pero hacía falta algo más gremial, algo que defendiera los intereses de los arqueólogos, para que se prestara más atención a la especificidad de su tarea, para que se reconociera más la significación de su trabajo y su participación en la actividad docente y universitaria. Se hicieron varias reuniones y se constituyó el Colegio con quince integrantes. La voz cantante la llevaba Susana Chertudi, que convocó a otra gente, a su marido Ricardo J. Nardi, a Anselmo Barbieri, a Austral, a Rita Ceballos, a Carlos Llanos, que era etnógrafo y que falleció al poco tiempo. Se formó una comisión y a mí me pusieron como Secretario. Como abogado que yo era (todavía ejercía), me encargaron la redacción del primer estatuto. A los dos años, Austral no quiso seguir siendo Presidente y se nombró para ese cargo a Rita Ceballos.

E: ¿Recuerda alguna acción importante durante los cuatro años de su gestión?

L.A.O.: Importante no, porque, a pesar de lo que estaba diciendo del consenso de los antropólogos, cuando pedíamos ayuda, ideas, no había mucha respuesta. Pero me gustaría recordar que, cuando recién comenzaba el gobierno militar, el ministro Bruera dijo públicamente que los psicólogos, sociólogos y antropólogos eran todos infiltrados ideológicos, marxistas y poco menos que subversivos. Con Rita Ceballos, que era la Presidenta, preparamos una respuesta, tratamos de que apareciera en los diarios, pero en el único diario que apareció fue en *Clarín* porque los demás se negaron. Creo que eso fue lo que tuvo no trascendencia, pero más importancia sustancial

E: ¿Y qué discusiones sobre lo gremial tenían en ese contexto?

L.A.O.: Que se defendiera el derecho de los antropólogos a ejercer el trabajo para el cual estábamos específicamente preparados, dejando de lado o limitando la intervención de particulares que podían estar bien intencionados pero que no eran idóneos, que no habían cursado estudios específicos, que eran huaqueros o folkloristas aficionados que se mezclaban con las comunidades tradicionales, no con las indígenas sino con las tradicionales del interior, y que tenían una idea más estetizante, que consideraban que por su actividad estaban mejor preparados que nosotros para ejercer la tarea de antropología.

Se elaboraron dos proyectos de ley que, por supuesto, terminaron en los cajones. Ya antes de fundarse el Colegio, se había elaborado un proyecto de ley de regulación del patrimonio arqueológico, que lo habían hecho Rex González, Krapovickas y otros, que entregaron en mano propia al que era Presidente en ese entonces, a Illia. Illia hizo lo que era correcto, pasarlo a consideración del Ministerio de Cultura, y el Ministerio de Cultura hizo lo que, en principio, parecía lógico, pasarlo a consideración del Director del Instituto Nacional de Antropología, para ver qué opinaba esa institución de este pedido de los antropólogos de reglamentar la profesión. El director del Instituto Nacional de Antropología, Cáceres Freire, era un huaquero empeinado en rechazar a los arqueólogos y, por supuesto, lo metió en un cajón y nunca se supo de eso hasta

que se produjo el golpe de Onganía y quedó olvidado. Después, en el Colegio de Graduados, con Rita Ceballos, elaboramos un nuevo proyecto, que trató de mejorar todavía más el anterior. En él no se hablaba de matriculación pero sí se decía que los permisos debían ser concedidos únicamente a arqueólogos, con título expedido por una universidad nacional, o a personas que, a juicio del organismo de aplicación, hubieran tenido una actividad destacada debidamente comprobada, pues no podíamos cohibir el trabajo, por ejemplo, a Rex González o a Gradin por el hecho de que no fueran formalmente antropólogos. Lo presentamos, pero nuevamente, la mala suerte, se produjo el otro golpe, el del 76, y bueno, sé que pasó por la Secretaría de Cultura y que ahí resolvieron taparlo, la cosa se reanuda después... Con el retorno de la democracia, con Alfonsín, se creó el cargo de Director Nacional de Antropología, y el primero fue Rex González. Al poco tiempo, al año, renunció y designaron a Rita Ceballos. Rita Ceballos formó una comisión en la cual estábamos Rex González, Krapovickas, Gradin, Aschero, yo y no recuerdo quién más. Preparamos un nuevo proyecto, repitiendo y mejorando los anteriores y dando la posibilidad de que personas que no tuvieran el título universitario de antropólogo pero que tuvieran actividad destacada, debidamente comprobada, pudieran participar de la labor, pero reservando progresivamente el trabajo para los arqueólogos con título universitario. Ya no estaban los militares, ya no estaba Cáceres Freire, ya no había quién se opusiera. ¿Quiénes se opusieron? ¡Los arquitectos! Los arquitectos tenían mucho poder en la Comisión Nacional de Monumentos Históricos y ahí tuvimos unas discusiones tremendas y, nuevamente, fracasamos. Después la historia se reanudó por carriles distintos: a fines de los años 90, hubo una cantidad de proyectos en la Cámara de Diputados y en la Cámara de Senadores que me alegra mucho que no hayan salido porque eran todos desastrosos, hasta que dos senadores se pusieron en contacto con Eduardo Berberian y con el Instituto Nacional de Antropología, y surgió la ley actual, ley que no me convence mucho, que tiene demasiados silencios, demasiadas cosas no tratadas, pero que mejor que la situación anterior es.

Con respecto a los problemas éticos de comportamiento, a mí se me presentó en cierta ocasión, en los trabajos de campo, un problema de esa naturaleza. Con la mayor parte de las doscientas personas que participaron de nuestras campañas nos hemos llevado muy bien. Pero, la primera campaña en Tierra del Fuego, la de Lancha Packewaia, terminó de una manera bastante ríspida con algunas personas, hubo un malentendido sobre lo que queríamos y podíamos hacer, y hubo una serie de notas y de protestas. Sala y yo resolvimos que con esas personas no teníamos interés en seguir trabajando, por supuesto esas personas se sintieron molestas, no eran incapaces, algunas de ellas ocupan hoy lugares muy importantes, muy relevantes en la actividad arqueológica actual, pero con esas personas, en ese momento, hubo desencuentros. Incluso ambas partes pedimos la intervención del Colegio de Graduados, que decidió que no había habido falta de ética. Lo bueno es que con varias de esas personas las relaciones han ido normalizándose y nos respetamos. Después, por algún problema muy menor con alguna otra persona, tuvimos que decidir que no la invitábamos más, pero no se trató de problemas éticos sino de convivencia, e, insisto, muy menores, muy menores.

E: ¿Y se arrepiente de algo, de su vida, incluyendo su actividad de arqueólogo?

L.A.O.: Arrepentirme, no. Puedo lamentar, por ejemplo, el hecho de que cuando me iniciaba como arqueólogo yo hubiera querido trabajar más intensamente en la provincia de Buenos Aires (y por eso preparé la tesis de licenciatura que comenté), pero no se dieron las condiciones para que así ocurriera. Lamento haber dejado la docencia por completo, cuando lo resolví era una situación que debía adoptarla transitoriamente pero las cosas se dieron para que no regresara. Lamento, como les dije, haber dejado de lado la Prehistoria del Viejo Mundo, los problemas de la hominización, de los orígenes, porque la bibliografía es tan abundante que es inmanejable. Pero, en general, estoy muy satisfecho con lo que he hecho y, además, muy agradecido por la buena fortuna que me ha ayudado un montón de veces a tomar las decisiones adecuadas.

E: Y el ángel de la guarda... (*risas*)

L.A.O.: Y el ángel de la guarda...

E: Que es grandote.

L.A.O.: Sí, exactamente, no sé si ese ángel se habrá jubilado ya, pero en ese momento me ayudó mucho...

¿Qué es lo que me hace feliz de hacer arqueología? Yo soy una persona a la cual le gusta llegar a alguna parte, pero sobre todo me gusta caminar. Si salgo a caminar y no llego a ninguna parte, disfruto caminando. Estoy satisfecho, por supuesto, con las muchas cosas que he podido hacer en arqueología y con las muchas cosas que la suerte me ha ayudado para obtener resultados importantes en arqueología. Pero lo que más me encanta es hacer arqueología en sí mismo, no tengo ningún inconveniente todavía en seguir lavando, rotulando cuando es necesario, y en pasarme horas analizando una base de datos, a ver si le descubro un sentido a los numeritos. Aunque no consiga nada, el solo hacerlo ya me produce satisfacción.

